

Ernesto Quesada o la ciencia como vocación*

Martín Bergel

Autor de más de una centena y media de libros y opúsculos dedicados a un amplísimo espectro de problemas, modernizador de disciplinas como la sociología, la historia y el derecho, viajero incansable que gustaba retratar puntillosamente los lugares que visitaba, poseedor de una afamada “biblioteca americanista” de más de 80 mil volúmenes cuyo destino final engendró encendidas polémicas, introductor, en fin, de numerosos autores y temáticas que sobresalían por su apertura a nuevos fenómenos de la modernidad —el marxismo, el feminismo, la conflictividad obrera, entre otros—, Ernesto Quesada (1858-1934) es, para la historia intelectual argentina, una figura tan plagada de aristas sugerentes como compleja de ubicar. Miembro conspicuo de una familia patricia, desarrolló de joven un *cursus honorum* en muchos sentidos típico de los hijos educados de las elites de la república criolla. Y sin embargo, como supo señalar Oscar Terán, Quesada acabó por dibujar una curva vital que le aseguró “un lugar relativamente excéntrico respecto de carreras más previsibles de otros miembros de la clase dirigente”.¹ Amigo y colega de varias de las más prominentes personalidades que arribaron a la mayoría de edad hacia 1880, Quesada retrospectivamente pareció querer tomar distancia de esa su generación, hacia la que podía incluso en el último tramo de su vida arrojar una mirada desdeñosa.²

En efecto, su obra puede entenderse globalmente como un ensayo de construcción de un lugar diferencial dentro del elenco de figuras del '80. Ese anhelado sitio era procurado a partir de la elección de una opción que para Quesada dividía aguas: en el clivaje dilemático que se abría a su juicio entre política y ciencia, era notoriamente en ésta última en la que habría de situarse. Siendo aún joven, en un comentario crítico al libro **En Viaje**, de Miguel Cané, no dudaba en afirmar que “la política es la gran culpable en la vida americana: fascina a los talentos jóvenes, los seduce y los esteriliza para la producción intelectual serena y elevada”.³

1 Oscar Terán, “Ernesto Quesada: archivar e historiar (la patria)”, en **La Biblioteca**, nº 1, verano 2004/2005, p. 125.

2 Así, podía escribir lo siguiente en un texto de homenaje a Joaquín V. González a propósito de su muerte: “la generación del '80 (...) se distinguió por su falta de cohesión y el aislamiento del esfuerzo individual de cada uno, con lo cual dejó de estampar en su época el sello que parecía corresponderle”. E. Quesada, “El alma de Joaquín”, en **Nosotros**, año XVIII, nº 177, febrero de 1924.

3 **La Nueva Revista de Buenos Aires**, Nueva Serie, año 4, t.10, 1 de mayo de 1884, cit. por Carlos Altamirano en “Entre el naturalismo y la psicología: los comienzos de la ‘ciencia social’ en Argentina”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin

Ese juicio parece haberlo acompañado durante toda su carrera, de tal modo que, ya en su madurez, en una conferencia ofrecida en la Facultad de Filosofía y Letras podía reiterar los términos de esa disyuntiva:

El hombre que dedica su vida a la enseñanza universitaria con verdadera vocación se coloca fuera de las tentaciones de la política activa: cuando toma parte en ésta es porque su vocación no ha dio muy firme y, en caso tal, preferible es que opte por una u otra orientación.⁴

Tan tajante opción no resultaba en nada evidente para quien había egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires a comienzos de los años 1880: se sabe que el paso por esa institución abría entonces las puertas de la alta política. Más aún, a Quesada le tocó ser miembro destacado de una promoción que sería recordada por su especial brillantez, la de 1882, y de la cual surgirían figuras como José Nicolás Matienzo, Norberto Piñero y Luis María Drago llamadas a ocupar posiciones expectantes en el régimen conservador. A Quesada —en un camino compartido con Juan Agustín García y Rodolfo Rivarola, otros compañeros de promoción—, no le correspondió en cambio asumir similares cuotas efectivas de poder.⁵ Y es probable que aun dentro de este último lote haya sido él quien con mayor énfasis pudo formularse esa oposición entre ciencia y política, para acabar tomando decidido partido por la primera.

Convendría sin embargo no exagerar esa orientación ni adscribirla homogéneamente a su entero trayecto biográfico. A comienzos de los años 1890, por ejemplo, Quesada ocupó algunos cargos municipales, llegando a ser durante un lapso breve intendente de la localidad de San Miguel. Ello para no hablar de sus labores como juez y fiscal de cámara, que supo llevar a cabo durante décadas. No obstante, su paso por la política institucional estuvo vinculado a puestos menores y sólo durante períodos cortos; y en cuanto a su actuación en el poder judicial, es notorio como Quesada la vinculaba una y otra vez, a modo de instancia capaz de brindar material empírico, a sus propias investigaciones

(comps.), **Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina**, Buenos Aires, Paidós, 2004, p. 62, n. 36.

4 E. Quesada, **El ideal universitario**, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación, 1918, p. 22.

5 Fernando Devoto, “Estudio Preliminar” a Juan Agustín García, **La ciudad india-na, Sobre nuestra incultura y otros escritos**, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2006, p. 11.

* Quiero hacer pública mi gratitud a Paula Bruno, quien generosamente me facilitó copias de una porción considerable de los materiales sobre Quesada utilizados en la elaboración de este artículo. Agradezco también a Laura Fernández Cordero por sus comentarios al texto, así como por la paciencia con que esperó mi contribución al presente dossier.



y textos jurídicos y sociológicos. Al respecto, según ponderaba un conocido penalista que le tributaba admiración, los casos y fallos que le tocaban en suerte eran abordados con el mismo rigor y erudición con que acometía cualquiera de sus pesquisas científicas y sociales.⁶

Como ha sido señalado, esa inclinación por la adquisición disciplinada de saberes le fue inculcada programáticamente desde temprano por su padre Vicente Quesada. Para éste, la educación de su único hijo Ernesto era objeto de desvelo. De allí que decidiera que resultaba crucial para el aún adolescente un período formativo en Alemania (a partir del cual nacería la conocida estrecha y prolongada relación de Quesada con el mundo cultural germánico). Durante ésa, su primera estancia en el país teutón en el bienio 1873-1874, Ernesto recibía por correspondencia detalladas prescripciones de su padre acerca de los modos más provechosos de incorporación de conocimiento.⁷ Por caso, fue su progenitor quien lo formó en una práctica que lo acompañaría a lo largo de toda su vida: la de tomar constantes apuntes de todo aquello con lo que entrara en contacto (conversaciones, lecturas, lugares que visitaba, etc.).⁸ De conjunto, tanto ese primer vínculo con el mundo alemán como ese afán paterno por dotarlo de una casi obsesiva y metódica disposición al trabajo intelectual dejaron en el joven Quesada acusada impronta, al punto que la adquisición y posterior exhibición de capital cultural (y en particular de capital cultural de cuño germano) se reveló una constante que ilumina su completa trayectoria.

Ese sesgo de Quesada por acumular diferencialmente credenciales culturales, que iba en paralelo al constante incremento numé-

rico de la masa de libros de su biblioteca —cuya excepcionalidad él mismo se encargaba periódicamente de dar a publicidad—, puede rastrearse desde temprano. Ya en 1879, por caso, asiste al Congreso Americanista de Bruselas, cita de los investigadores más prestigiosos del área. Junto a ello, Quesada no cesaría de atribuirse, frente a otros estudiosos de su tiempo, una superioridad relativa que constantemente decía extraer del conocimiento y uso de los más modernos métodos científicos (a los que, según también dejaba entrever, podía acceder gracias a su fluido manejo de lenguas extranjeras).

Ese espíritu científico, tenido por superior, quiso ser desplegado en el tratamiento de un objeto particularmente controvertido y polémico. Al componer en 1898 **La Época de Rosas**, a la postre su más afamado libro, la vindicación que allí se hace del período rosista, que contrariaba el juicio denigratorio entonces dominante, se exhibe como un ejemplo extremo de su apego incondicional por las cuestiones de método:

Por tradición de familia y por comunión espiritual con aquél [se refiere a Vicente Quesada] el autor estaba inclinado a juzgar la época de Rosas con un criterio diametralmente opuesto al del presente libro: si a pesar de todos los pesares, su leal convicción histórica lo ha hecho sostener el criterio expuesto, no necesita entonces insistir en que debe ser muy honda dicha convicción para haberse podido sobreponer al atavismo de familia y a la influencia paterna, casi todopoderosa.⁹

La recuperación de “la época de Rosas” de las tinieblas y juicios superficiales que, según Quesada, hasta allí pesaban sobre ella, es por excelencia la oportunidad que encuentra para dar muestra cabal de la rigurosidad e imparcialidad que debían imperar a la hora de emprender la reconstrucción de cualquier objeto histórico-social. Pues bien: es siempre partiendo de esa misma plataforma de cientificidad, pretendidamente aséptica, que Quesada incursiona en una mirada de autores y problemas de la modernidad. Para todos ellos, exige y se autoexige conocimiento profundo y tratamiento justo. Por caso, en sus lecturas de Marx y de los debates socialistas contemporáneos —a los que accede, se encarga nuevamente de recordar, gracias a su manejo del alemán—, da visibles muestras de un conocimiento sobre esos asuntos inhallable en los más avezados marxistas argentinos de su tiempo. Pero ese saber privilegiado del que puede jactarse se reviste de prudencia y ecuanimidad, y así, si ciertamente es crítico del horizonte de revolución social propugnado por Marx, no teme en cambio adjudicarle un diagnóstico certero de la naturaleza de la moderna cuestión social.¹⁰ Otro tanto ocurre en el escrutinio que hace Quesada del feminismo: si, munido nuevamente de un aventajado conocimiento de los debates que le

6 Quesada, señalaba en 1933 el profesor de derecho penal Juan P. Ramos, “no concebía que un fallo, que una vista fiscal, un informe sobre la reincidencia, sobre identificación dactiloscópica, sobre el régimen inmobiliario, sobre cualquier cosa, no llevara en sí mismo la defensa contra todo ataque venido de una opinión adversa. Tenía por norma desmenuzar cada cuestión en todos sus aspectos (...) Es que esta era la cualidad esencial del espíritu de Quesada como jurista. No concebía una opinión desamparada de su prueba categórica y formal. En estos tiempos en que cada uno expone una opinión, nacida casi siempre de su propia ignorancia y convertida en afirmación de una verdad nueva y absoluta, con sólo enunciarla de un modo más o menos grandilocuente, la forma en que Quesada documenta toda idea jurídica revela su constante preocupación por convencer, que es cualidad de sabio y esencia de honestidad espiritual”. Juan P. Ramos, “Quesada jurista”, en **Nosotros**, año XXVII, n° 290-291, julio-agosto de 1933, pp. 246-248. Ramos ejemplificaba ese método de trabajo al evocar el “nutrido volumen de 190 páginas” que Quesada había escrito y publicado en 1901 bajo el título **Comprobación de la reincidencia** luego de que el ministro de Justicia e Instrucción Pública Osvaldo Magnasco le pidiera su punto de vista sobre el asunto.

7 Cfr. Pablo Buchbinder, “Los Quesada en Europa, 1873-1874”, en **Todo es Historia**, n° 336, julio de 1995. Sobre la relación de Ernesto Quesada con el mundo cultural alemán pueden consultarse a Lila Bujaldón de Esteves, “Ernesto Quesada y Alemania: un modelo de filia cultural”, en **Ibero-Amerikanisches Archiv**, 16.2, Berlín, 1990, y a Thomas Duve, “El contexto alemán del pensamiento de Ernesto Quesada”, en **Revista de historia del derecho**, n° 30, Buenos Aires, 2002.

8 Así narra el propio Quesada, interrogado en su madurez por José Ingenieros, el origen de esa inveterada práctica: “sólo la costumbre explica esa perseverancia mía, ya que mi padre me inculcó dicho método desde niño. Lo sigo casi automáticamente (...) en el fondo, se trata de una simple gimnasia intelectual, ya que no es prudente exigir del cerebro que recuerde de todo lo que ve, oye o lee, y el hecho material de trasladarlo en el acto al papel posiblemente deja descansar las células de lo subconsciente...”. V. E. Quesada, “La vocación de Ingenieros”, en **Nosotros**, año XIX, n° 199, Buenos Aires, diciembre de 1925, p. 435.

9 E. Quesada, **La Época de Rosas**, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1923 (2da. edición), p. 235, citado en Teresa Pereira Larraín, “El pensamiento de una generación de historiadores hispanoamericanos: Alberto Edwards, Ernesto Quesada y Laureano Vallenilla”, **Historia**, n° 15, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1980, p. 297.

10 Cfr. Horacio Tarcus, **Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos**, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007, p. 476 y ss.

daban sustento, puede colegir que esa corriente resulta un útil instrumento de conocimiento del lugar de la mujer en las sociedades modernas, no por ello acompaña todas sus iniciativas ni reivindicaciones.¹¹

Ese interés por doctrinas y autores que desencajan parcialmente con su colocación social y con la grilla con la que observa el mundo, tiene todo que ver con un afán que, de secular presencia en el pensamiento argentino (notoriamente desde la generación de 1837), en Quesada se actualiza y se exacerba: la búsqueda de la *novedad*. En efecto, a lo largo de su obra el criterio de “lo nuevo” en materia intelectual se revela una de las vías privilegiadas a través de las cuales busca construir y reforzar su autoridad científica. Probablemente ese sesgo tuvo ocasión de exhibirse de modo más espectacular en la estentórea recepción de la “novísima forma de renovación del criterio sociológico” que encuentra en la obra **La Decadencia de Occidente** de Oswald Spengler, que a su juicio revela “un criterio filosófico en vías de remodelarlo todo”.¹² El afamado libro del pensador alemán, al cual, aún antes de su traducción castellana, Quesada se apresura a dedicar todo su curso universitario de 1921, se ofrecerá como una oportunidad inmejorable para encontrar un nuevo público de jóvenes ansiosos de renovación doctrinaria. Las ideas de Spengler, glosadas y comentadas en detalle por Quesada en numerosas ocasiones a lo largo de la década de 1920, pudieron en efecto describir una curiosa curva ideológica —del “modernismo reaccionario” alemán al antiimperialismo americanista—, hasta conectar con la “nueva sensibilidad” invocada por la generación emergente en torno al fenómeno de la Reforma Universitaria de 1918.

Junto a esa atracción por lo nuevo, el otro rasgo del que Quesada se sirve para constituirse en insoslayable referencia en el espacio intelectual no solamente argentino de las primeras décadas del siglo XX es el de una *abrumadora erudición*. Sus trabajos están siempre presididos por un afán de colonización aplastante de nuevos territorios de saber. Al acometer un tema, Quesada tiene por costumbre rodearlo de extendidas consideraciones preliminares acerca de las fuentes y recursos que un estudioso serio debe tomar en cuenta para satisfacer debidamente el objetivo que se propone. Y en esa tarea, gusta de sorprender la credulidad de sus lectores haciendo ostentación de un constante desborde del caudal habitual de materiales de consulta que los hombres de su medio solían utilizar.¹³ Veamos un ejemplo: a fines de 1908, el entonces decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata Rodolfo Rivarola, aprove-

11 Ver al respecto el artículo de Sol Denot en este mismo *dossier*.

12 E. Quesada, “Una nueva doctrina sociológica. La teoría relativista spengleriana”, **Nosotros**, año XV, no. 143, abril de 1921, pp. 418-419. Sobre las características del vínculo entre Quesada y Spengler, y en especial sobre el lugar clave de Leonore Deiters, esposa del pensador argentino, en el origen y desarrollo de esa relación, ver el esclarecedor texto de Sandra Carreras incluido en este mismo *dossier*.

13 Eduardo Wilde, un hombre netamente enrolado en la generación del '80, podía por caso deslizar el siguiente comentario ante **La Época de Rosas**: “¿Cómo ha hecho usted para leer tanto? Cómo no se ha cansado de hojear cuanta pesadez aburrida han escrito los biógrafos, cronistas, compiladores o historiadores...”. Carta de E. Wilde a E. Quesada, 2 de octubre de 1898, reproducida en **Cinco estudios sobre Rosas**, Buenos Aires, Instituto Panamericano de Cultura, 1954, p. 196.

chando la ocasión de uno de sus viajes a Europa, le solicita un informe “de la organización y método de los cursos superiores de historia, en una o más universidades de Alemania, en cuanto esa información pudiera ser útil para establecer el curso de historia en la sección de filosofía, historia y letras, que deberá fundarse como anexa a esta facultad”.¹⁴ Quesada no solamente acepta, sino que encara por espacio de varios meses una minuciosa pesquisa no apenas en “una o más” sino en el conjunto de las universidades alemanas, que resulta en un voluminoso libro de más de 1200 páginas.¹⁵ La ocasión se le aparece inmejorable no solamente para sus fines explícitos de propiciar la adopción en Argentina de pautas de la vida académica de países como Alemania o los Estados Unidos —y así concluirá su abultada inspección proponiendo la creación en la Universidad de La Plata de un instituto de investigaciones históricas y sociológicas inspirado en el que Karl Lamprecht dirige en la Universidad de Leipzig—, persuadido como está de que “la compenetración mundial de la alta cultura científica es hoy un hecho”,¹⁶ sino que en ella ve la chance de desplegar sus vastísimos conocimientos de cultura germana. De allí que el libro no se detenga meramente en la enseñanza de la historia en la época de Quesada, sino que incluya entre otras cosas una detallada mirada retrospectiva de los modos de impartir la historia en Alemania “desde los tiempos más remotos hasta nuestros días”, o un extenso capítulo de varias centenas de páginas en el que presenta al conjunto de profesores de las disciplinas humanas del total de las universidades alemanas, incluyendo sus fechas de nacimiento, noticias biográficas, principales obras, etc.

Anhelos de novedad y erudición son entonces para Quesada dos criterios entrelazados de legitimación científica a los que acude recurrentemente. Junto a ellos, no trepida en hacer gala de una política de autocitas y de referencias permanentes a sus credenciales académicas. Sus libros solían incluir, como paratextos insertos al comienzo o al final, tanto la mención de los títulos honoríficos de los que podía preciarse,¹⁷ como también la lista

14 Cfr. la carta de Rivarola en E. Quesada, **La enseñanza de la historia en las universidades alemanas**, Buenos Aires, Coni, 1910, pp. VII-VIII.

15 Tal la descripción de Quesada de los alcances de esa investigación en la “advertencia” que encabeza ese libro: “durante todo el semestre del invierno europeo 1908-1909, he recorrido la casi totalidad de las 22 universidades alemanas, asistiendo a todos los cursos de historia que la materialidad del tiempo me ha permitido conocer; conferenciando con un número considerable de profesores de la materia; reuniendo todo lo publicado y que pudiera ser útil a mi objeto; tomando notas y notas, de impresiones de clases y entrevistas. Deseoso de que mi investigación fuera lo más completa posible, he tratado de no omitir esfuerzo ni gastos: durante varios meses, me he trasladado de una a otra a las 22 ciudades en que funcionan aquellas universidades, he asistido a centenares de clases, he reunido millares de publicaciones, y he traído decenas de carteras repletas de notas personales. Desde mi regreso (...) he estado ocupado en organizar, estudiar y utilizar ese enorme material, tanto más delicado cuanto que no existe en idioma alguno investigación análoga sobre el particular”. *Ibidem*, p. X.

16 *Ibidem*, p. XXIV.

17 Además de la mención de sus conocidos puestos como profesor titular en varias cátedras argentinas, Quesada listaba unos veinte títulos que comprendían, entre otros, sus cargos como director de la Academia argentina de la lengua, como miembro correspondiente de la Academia de la historia de Madrid y del Instituto Histórico e Geográfico do Brasil, y como miembro honorario de la American politi-



completa de los volúmenes que llevaba publicados (que Quesada gustaba presentar numeradamente). Pero, más en general, a menudo sus textos mismos se iniciaban haciendo alusión a sus propias obras anteriores, exhibidas para mostrar su experimentado conocimiento en el tratamiento de la materia que se proponía en la ocasión desarrollar; o mechaban citas elogiosas a sus trabajos de otras autoridades científicas, literarias o periodísticas. Así, por caso, es el propio Quesada el que subraya la excepcionalidad de **La Época de Rosas** en la “advertencia” de 1923 que abre la reedición de jubileo que el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras lleva a cabo para homenajear el cuarto de siglo de su aparición:

Fue entonces cuando apareció este libro, fruto maduro de una larga serie de estudios monográficos y amplísimamente documentados, publicados en nuestras revistas más acreditadas, desde años atrás: tuvo por objeto trazar una síntesis de la época de Rosas y juzgarla objetivamente con arreglo al novísimo criterio histórico (...) Hoy, en las diversas formas de la opinión nacional, la orientación es visiblemente la del nuevo criterio, polo opuesto del esbozado antes como característico del momento en que se publicó el libro. Así, el lamentado escritor argentino, Juan Agustín García, ha dicho —en **Sobre nuestra incultura** (B.A. 1922): “E.Q., en su **Época de Rosas**, es sintético y, además, es sobrio y claro; percibió el significado de esa dictadura en nuestra evolución histórica, en una forma que parece ser definitiva”; y el conocido pensador estadounidense, Leo S. Rowe, actual director de la Unión Panamericana, a su vez ha declarado —en **The federal system of the Argentine Republic** (Washington, 1921), que “en la manera de encarar ese período de la historia argentina, hay que reconocer lo que se debe a la obra admirable de Q.”. Esos dos recientes y autorizados juicios, formulados coetáneamente en los dos extremos del continente americano, explican porque el contenido del presente libro aparecerá hoy al lector casi como un truismo conservador, cuando, en su primera edición, fue considerado como una audacia revolucionaria.¹⁸

Tan impudorosos juicios favorables a su propia obra aparecían atenuados en su carga subjetiva porque, precisamente, también en su formulación Quesada se servía del mismo cuidadoso apego a las fuentes —en el caso recién presentado, las citas de García y de Rowe— con que encaraba habitualmente sus labores científicas.

Por lo dicho hasta aquí, entonces, la amplitud del abanico de temas que Quesada aborda a lo largo de su obra debe entenderse dentro de un cuadro en el cual la apetencia, de pretensiones siempre científicas, por desarrollar accesos ampliamente documentados a nuevos territorios del saber, configura el mecanismo por excelencia que gobierna su producción. Ese impulso, que, tal como hemos visto, su padre —aquella figura de influencia “casi todopoderosa”—ha logrado exitosamente modelar ya en

cal science association de Baltimore, de The Hispanic society of America, de Nueva York, de la Internationale Vereinigung für Rechts und Wirtschaftsphilosophie de Berlín y de la Société des Americanistes de París.

18 **La Época de Rosas**, *op. cit.*, pp. 1-3.

su temprana juventud, se construye a partir de la separación de la ciencia del ejercicio directo que otros varios colegas y amigos de la elite hacen de la política.¹⁹ Y sin embargo, la intimidad que Quesada ha tenido desde siempre con esos círculos sociales tan cercanos al poder complejiza esa separación tan pretendidamente neta entre ciencia y política, y ello por varias razones. En primer lugar, pocas figuras como la suya supieron encarnar tan asiduamente un rol que los elencos gobernantes de la república conservadora solicitaron a menudo: el del especialista que desarrolla una misión o investigación particular destinada a producir un saber provechoso para el entramado de las instituciones culturales y políticas del Estado.²⁰ Reiteremos aquí la mención, a título de ejemplo, del pedido de un informe del ministro de Roca Osvaldo Magnasco en torno al problema de la reincidencia en materia de delitos que Quesada, tras cuidadosa pesquisa, consume y acaba devolviendo en forma de libro. Hay asimismo que computar en este renglón el también mencionado volumen sobre la enseñanza de la historia en las universidades alemanas —prohijado en un viaje en el que Quesada recibe también sendos pedidos de información de parte de los Ministerios de Interior y de Relaciones Exteriores—, tanto como uno análogo que había desarrollado unos años antes a partir de la solicitud de un informe sobre el nuevo plan de estudios de la carrera de derecho en París, requerido con el fin de contar con un material relevante para la reforma de la estratégica Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires.²¹ En definitiva, esos y otros

19 Un movimiento análogo era entonces encabezado por su compañero de promoción Rodolfo Rivarola en su **Revista Argentina de Ciencias Políticas**. Esta iniciativa, que tuvo vida entre 1910 y 1928, buscaba fundar un análisis científico de la política en la separación entre su estudio y su práctica. Ya en 1904 Rivarola señalaba, en su **Partidos. Unitario y Federal**, que “la división del trabajo social impone a unos la observación y reflexión; a otros la acción”. Cfr. Jorge Myers, “La ciencia política argentina y la cuestión de los partidos políticos: discusiones en la **Revista Argentina de Ciencias Políticas (1904-1916)**”, en Darío Roldán (comp.), **Crear la democracia. La Revista Argentina de Ciencias Políticas y el debate en torno a la República Verdadera**, Buenos Aires, FCE, 2006 (la cita de Rivarola es reproducida en p. 107). Como dicen sin embargo el propio Myers y otros estudios de ese mismo libro, esa voluntad científica no reprimía en la revista un punto de vista normativo acerca de la política (no meramente “lo que era”, sino lo que “debía ser”), y así ese órgano intelectual pudo constituirse en una importante tribuna de opinión sobre una miríada de problemas que concurren en el momento de pasaje de la “república posible” a la “república verdadera”.

20 También en el ejercicio de funciones de ese tipo Quesada continuaba el camino transitado por su padre: Vicente Quesada, en efecto, cumplió en sus repetidos viajes y estancias en el exterior diversas tareas para el Estado argentino, entre las que pueden señalarse el relevamiento del funcionamiento de las bibliotecas públicas de varios países que coronó en la publicación del libro **Las bibliotecas europeas y algunas de la América Latina**, en 1878, o la búsqueda de documentación histórica que permitiese zanjar favorablemente para la Argentina cuestiones de disputas territoriales con países limítrofes. Al respecto, ver P. Buchbinder, “Los Quesada en Europa...”, *op. cit.*

21 Cfr. Ernesto Quesada, **La Facultad de Derecho de París: estado actual de su enseñanza**, Buenos Aires, Coni, 1906. Señalemos de paso que resulta significativo comprobar nuevamente que, para ese nacionalista cultural que en otros órdenes era Quesada, la educación superior debía insertarse necesariamente en una dinámica de vínculos transnacionales (en los cuáles incluía su informe). Al respecto, así concluía la “advertencia” que encabezaba el libro: “cada pueblo tiene cualidades y defectos que hacen que sea imposible, sino peligrosa, toda imitación servil; pero, si es verdad que debe conservarse la propia personalidad, no lo es menos que, en materia de instrucción, nada se circunscribe a un interés simplemente nacional,

casos demuestran que, si Quesada prefería para sí el lugar del científico social, e incluso podía eventualmente mostrarse irónico o desconfiado frente a la elite política, no despreciaba en absoluto la posibilidad de que sus destrezas y saberes se utilicen y se traduzcan en efectos de poder.²²

Una segunda dimensión de su relación de distancia y a la vez de proximidad respecto de los circuitos de poder se expresa en lo que podemos denominar sus *prácticas científicas de elite*. A la par de la modernización de las instituciones de educación superior que propugnaba —en función del desarrollo de un conjunto de reglas meritocráticas transparentes y eficaces capaces de dar a luz un cuerpo de investigadores de excelencia—, Quesada no sólo no ocultaba sino que exhibía orgullosamente toda una serie de contactos derivados de su pertenencia a los estratos sociales de mayor abolengo que le había facilitado sus tareas de investigación. Así, fue él mismo quien dio a publicidad que su mejor y más profundo conocimiento de “la época de Rosas” brotaba de su trabajo en el rico archivo del general rosista Ángel Pacheco, al que había logrado acceder a partir de su matrimonio con una nieta de éste; como también gustaba mencionar, a modo de hecho que reforzaba su autoridad en la materia, la entrevista que cuando adolescente, en uno de sus viajes por Europa en compañía de su padre, había tenido en Inglaterra con el propio Rosas. Asimismo, ya en su vejez podía referir, desde su finca suiza en la que encontraría la muerte, numerosas anécdotas de las últimas décadas del siglo XIX vinculadas a la retención en manos privadas de documentos históricos por parte de personalidades de la elite que le eran próximas:

Recuerdo un hecho curioso: en una sesión de la Junta de Historia el gobierno nos comunicó una ley recién sancionada, para publicar las actas secretas de determinado Congreso, pero agregando que los documentos no se encontraban; se nombró una comisión que buscara los originales, y se comprobó que no se encontraban en parte alguna. Ahora bien, yo sabía que se hallaban en poder de un ex gobernador, quien me los había mostrado bajo palabra de reserva, de modo que no podía develar el misterio; tuve que limitarme a afirmar que la documentación existía (...) Otra vez, el nieto de un personaje me mostró en su caja de hierro, una serie de documentos reservados

porque los errores de los unos pueden constituir una enseñanza para los otros, y los sistemas no se juzgan sino ensayándolos, de modo que la gran experiencia de todos se compone de las experiencias menudas de cada uno” (pp. 5-6). Esa coexistencia en Quesada de un nacionalismo cultural y un “cosmopolitismo académico” fue señalada ya por Fernando Devoto en su **Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006 (primera reimpresión corregida), p. 30.

22 Quesada se mostraba ciertamente interesado en las prolongaciones en instituciones y en políticas públicas de las nuevas disciplinas científicas que dominaba y que buscaba promover en la universidad. Especialmente de la sociología —que lo tuvo como uno de sus entusiastas promotores iniciales—, lo seducía “su influencia práctica en la política social y en la solución de los problemas que deben preocupar a los estadistas” (E. Quesada, “La sociología, carácter científico de su enseñanza”, en **Revista de la Universidad de Buenos Aires**, Vol. III, 1905, p. 240, cit. en O. Terán, “Ernesto Quesada: sociología y modernidad”, en **Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”**, Buenos Aires, FCE, 2000, p. 219).

que su abuelo no había dejado en el ministerio, porque afectaban cierta reputación; mi consejo fue que dado el tiempo transcurrido, debían publicarse, devolviendo al Archivo los originales, y la lujosa publicación se hizo (...) Otra vez, un amigo —que posee una excelente colección de libros y papeles— me mostró un regalo que le habían hecho, exigiéndome análoga reserva: era un ejemplar auténtico del Acuerdo de San Nicolás, con la firma de todos los gobernantes de 1852...²³

Aunque en esos relatos Quesada guarda cuidado en no incluirse entre quienes habían incurrido en acciones semejantes, no parece osado conjeturar que, en esa época auroral de las instituciones estatales en la que los archivos públicos, gestionados por la elite, se confundían con los privados, el afán de acumulación que gobernaba el fabuloso ritmo de crecimiento de la biblioteca de los Quesada —primero a cargo de Vicente y luego de Ernesto— los haya conducido a ser también partícipes de prácticas de ese tinte.²⁴

Finalmente, un registro muy distinto, el puramente textual, permite apreciar que tampoco allí la separación entre ciencia y política llegó a consumarse en Quesada acabadamente. La hipótesis de lectura de su obra que hemos venido desarrollando subraya que la incursión de este autor en un conjunto de áreas temáticas novedosas y de indudables conexiones con lo político —como el marxismo y el feminismo—, debe entenderse en el marco de una estrategia de construcción de su figura como autoridad científica eximia en la que la recepción y presentación docta y ecuánime de nuevos saberes cumple un papel de primer orden. Y no obstante ello, y como difícilmente podía ser de otra manera, el pasaje pretendidamente aséptico por esos campos de saber no sobrevino sin dejar huellas. Tal lo que sucede por caso con el marxismo, cuya impronta, luego de la recepción erudita que Quesada le dedica en textos del segundo lustro del siglo XX, reaparece inadvertidamente en obras posteriores. Así, en el texto “La evolución social argentina”, que escribe en 1911 para una revista académica norteamericana y que luego incluye en la reedición de **La Época de Rosas** de 1923, el conflicto histórico entre unitarios y federales es interpretado desde un enfoque que apenas disimula una clave de lucha de clases. Tiempo después, en una

23 Ver estos dichos en la entrevista de Humberto Vázquez-Machado “Ernesto Quesada: su vida y su pensamiento actuales”, en **Nosotros**, año XVI, julio de 1932, n° 278, pp. 236-237.

24 Sobre el atesoramiento y uso privado de documentos históricos en los albores de la historiografía en la segunda mitad del siglo XIX, Cfr. Pablo Buchbinder, “Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina”, en **Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”**, Tercera serie, n° 13, Buenos Aires, 1996. El anterior señalamiento no busca negar que Vicente Quesada, en colaboración de su entonces muy joven hijo Ernesto, comandó durante la década de 1870 un ensayo de modernización de la Biblioteca Pública de la Provincia —luego transformada en Biblioteca Nacional—, a la postre poco exitoso. No obstante, tal como muestra Buchbinder, en esa época de instituciones todavía endebles una figura como la de Bartolomé Mitre, aun propendiendo a la modernización tanto del Estado como de los estudios históricos, podía optar desde el sillón presidencial por desestimar la compra estatal de alguna valiosa colección, aduciendo falta de fondos, al tiempo que ofrecía dinero propio para su adquisición privada.



conferencia dictada en la Universidad Nacional de Córdoba en la que repasa la evolución histórico-social del derecho conforme al método spengleriano, no dudaba en afirmar:

Cada derecho es la expresión de una clase social determinada, si bien se dicta en nombre de la comunidad. El ironista francés Anatole France ha dicho que nuestro derecho, en igualdad majestuosa, prohíbe a ricos y pobres robar pan y pedir limosna en las esquinas de las calles... Con eso ha marcado a fuego el derecho de clase en la sociedad: eso explica que el marxismo doctrinario busque manifiestamente en la lucha de clases llegar a la fórmula de un derecho propio, también de clase!²⁵

Otro tanto ocurría con el feminismo: también el tratamiento directo que Quesada le había dispensado desde una óptica científica, repicaba en ciertos puntos de vista que asumía al pasar y que estaban lejos de ser valorativamente neutros. Así, en la misma conferencia en Córdoba podía señalar:

Nuestro ciclo, que tanto se alaba a sí mismo, tiene toda su legislación basada en el sexo masculino, quien por la sencilla razón del *quia nominor leo* ha decretado que el sexo femenino es rotundamente incapaz o de capacidad restringida, y lo somete a perpetua tutela, cercenándole el ejercicio de sus facultades y demostrando así que, en tal materia, no existe ni libertad, ni igualdad ni fraternidad.²⁶

En materia textual, entonces, el ante todo científico que era Quesada a menudo insertaba, en sus extensamente fundadas exposiciones, contundentes opiniones que no solicitaban validación empírica ni contralores de otra especie. En los pliegues de sus minuciosas investigaciones respaldadas en la ciencia no titubeaba en soltar juicios que a nuestros ojos pueden incluso sonar arbitrarios. Con todo, esas fugaces aseveraciones dejaban intocada la percepción general que se tenía de Quesada: la del notable erudito, esa imagen que había sabido labrarse a lo largo de toda su vida. En ese sentido, cabe decir que su vocación irrefrenable por conquistar nuevas parcelas de las más diversas áreas del saber lo colocan como una suerte de iluminista tardío, tanto por la confianza que exhibía en el avance progresivo del conocimiento como por el afán enciclopédico que lo embargaba sin cesar. No por casualidad sus más persistentes intereses eran aquellos que le proveían paradigmas que lo autorizaban a avanzar orga-

nizadamente sobre nuevos territorios de saber. Por empezar, la sociología, esa "ciencia filosófica" capaz de cumplir el papel de disciplina totalizadora, y, dentro de ella, Spencer, "el más grande monumento filosófico de la segunda mitad del siglo XIX", cuyas doctrinas sociológicas ofrecían un mirador desde el cual iluminar un espectro de fenómenos que iban de las leyes de evolución histórico-social de la humanidad a la conducta psicológica de los hombres.²⁷ Pero también su fascinación de los años '20 por el "enfoque relativista" de Spengler se comprende con arreglo a lo que su método de "morfología comparada" habilitaba en tanto dispositivo de indagación de la pluralidad de instancias sociales que componen el conjunto de "ciclos culturales" del pasado.²⁸ Spengler resultaba así funcional a ese espíritu *tardoiluminista* que gustaba aventurarse en las más distantes y diversas canteras históricas y sociales. En rigor, para Quesada el pensador alemán oficiaba una suerte de relevo de Spencer en tanto figura que, munido de un método renovador que expresaba el clima de época de posguerra —la perspectiva relativista—, permitía alumbrar, como lo había hecho el inglés unas décadas antes, el conjunto de la experiencia humana pasada.²⁹

En definitiva, entonces, ¿cómo interpretar ese impulso de Quesada por acumular ininterrumpidamente credenciales culturales? ¿Qué efectos tuvo en su itinerario intelectual el cultivo incesante de ese perfil público de eminente profesor y sabio erudito? Podemos concluir de esta aproximación que la modernidad de Quesada no estuvo dada meramente por los temas que con curiosa avidez frecuentó, sino también por la temprana percepción que pareció tener de las transformaciones del campo intelectual que emergía en las décadas en que desarrolló su actividad. Proveniente de círculos sociales que le aseguraban un haz de relaciones que a un joven de su talento, nivel educativo y perseverancia le abría

27 O. Terán, "Ernesto Quesada: sociología y modernidad", *op. cit.*, pp. 216-219.

28 "La novísima sociología (...) sostiene que lo que ha existido y existe son agrupaciones culturales, que se han desenvuelto y desenvuelven paliéngicamente con arreglo a las modalidades de lugar y momento, constituyendo verdaderos organismos metafísicos más o menos extensos y de duración desigual, pero cada uno de los cuales forma un verdadero ciclo cultural (...) Lo que cada ciclo ha realizado es, pues, lo que debe estudiarse, apreciándolo objetivamente con su propio criterio relativo y caracterizando todas las formas sociales que sean indudablemente típicas: verdaderos símbolos del alma del mismo. Este estudio del pasado, en semejante forma, se encuentra en sus comienzos, pero hay ya material suficiente para poder comparar los fenómenos simbólicos de un cierto número de tales ciclos, pues 8 de éstos, por lo menos, han sido objeto de estudios detenidos. Esa comparación morfológica permite darnos cuenta de como cada uno de aquellos ha encarado los problemas sociales, desde las costumbres e instituciones hasta las ideas y las creencias, a fin de comparar con ello lo que nuestro propio ciclo cultural realiza (...). A medida que las disciplinas auxiliares de la sociología vayan depurando los materiales relativos a los diversos ciclos, aumentarán los elementos de juicio para la morfología comparada..." V. E. Quesada, *La evolución sociológica del derecho según la doctrina spengleriana*, *op. cit.*, pp. 5-7.

29 "Spengler, en efecto, es el gran pensador de este primer tercio del siglo XX y remodela actualmente los conocimientos humanos en las disciplinas morales, filosóficas e históricas, aplicando a las mismas la orientación metodológica relativista de las ciencias fisiconaturales, formulada por Einstein; exactamente como, a mediados del siglo XIX, Herbert Spencer hizo otro tanto introduciendo en aquellas disciplinas la doctrina evolutiva que Darwin estableciera en las ciencias biológicas". V. Quesada, "Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo", en *Humanidades*, tomo XII, Facultad de Humanidades y Ciencias de Educación de la Universidad Nacional de La Plata, 1926, p. 31.

25 E. Quesada, *La evolución sociológica del derecho según la doctrina spengleriana*, Alfredo Pereyra ed., Córdoba, 1924 (2da. edición), p. 16 (ver también referencias al derecho como "derecho de clase" en pp. 42 y 47).

26 *Ibidem*, p. 17. En otra conferencia sobre la obra de Spengler en la Universidad de La Plata, puesto a presentar y llenar de elogios el segundo tomo de *La Decadencia de Occidente* al que había accedido en Europa casi antes que nadie —cuando el libro aún estaba en imprenta—, Quesada se permitía sin embargo el siguiente matiz crítico precisamente a propósito de la cuestión femenina: "si algún reproche puede hacerse al tomo II es el de no haberse ocupado de otros fenómenos sociales, además de los estudiados, pues ha dejado sin tratar el de la familia, con sus problemas de la monogamia, poligamia, poliandria y otras formas matrimoniales, además del problema sexual y el de la situación de la mujer". V. E. Quesada, *La faz definitiva de la sociología spengleriana*, La Plata, 1923, p. 18.

diversos caminos y posibilidades de proyección, Quesada parece no obstante haber tomado nota de la progresiva erosión de la autoridad y prestigio de la esfera social en que había crecido, y de la necesidad de construir formas de legitimación alternativas a las otorgadas por su pertenencia a la elite. De allí acaso su afición por la conquista y exhibición de capital simbólico, que en ese mundo en mutación que era el de esa sociedad aluvial se revelaba cada vez más como un modo tanto más eficaz para quien pretendiera construir una posición intelectual que la mera adscripción o relaciones vinculadas a los circuitos sociales de mayor abolengo.³⁰ Un ejemplo de ello es el respeto y la consideración que por su figura tenía la revista **Nosotros**, una publicación en la que Quesada colaboraba asiduamente y que expresaba, en su apertura a nuevos temas y autores, un momento de transición entre las publicaciones de la elite y las de nuevas franjas sociales que aspiraban a disputar el campo intelectual.³¹ Pero más significativa aún resulta la mirada positiva que tenían de él ciertos espacios enrolados en la “nueva generación” que surge en la estela de la Reforma Universitaria de 1918. Algunos integrantes de esos círculos, que gustaban autorrepresentarse en términos de virulenta ruptura con los estratos sociales de los que Quesada provenía, podían no obstante profesar por él aprecio o cuanto menos interés. A que ello ocurra colaboró el sesgo americanista y aun antiimperialista que nuestro autor pudo desplegar, sobre todo en la década de 1920. Pero esas eventuales complicidades operaban sobre una base en la que el espesor del capital cultural poseído por Quesada era motivo de admiración.

Ciertamente, como hemos sugerido ya, la recepción de Spengler realizada por Quesada parece haber sido un nudo crucial en esa relación de empatía establecida con algunos núcleos de la nueva

generación. Los cursos y conferencias de los años '20 que dedicó a la doctrina del pensador alemán, en los que se mostraba como la más versada autoridad sobre la materia, concitaron una importante atención de parte de un nutrido público juvenil que, sino participaba directamente en las alternativas de la Reforma, al menos debía simpatizar con su causa. No casualmente algunas de esas conferencias tuvieron lugar en dos universidades que se habían visto particularmente afectadas por el proceso reformista, las de Córdoba y La Plata. Podemos rastrear algunas marcas textuales en las que esos vínculos se muestran más explícitamente. En una edición de **Valoraciones**, la revista platense dirigida primero por Carlos Américo Amaya y luego por Alejandro Korn —firmemente embanderada, desde un marco filosófico antipositivista, con la causa de la reforma y las orientaciones de la nueva generación—, Quesada participa de un *dossier* especial dedicado a revisitar a Kant. Su contribución de esa ocasión, titulada “Kant y Spengler”, se inicia señalando que el cotejo entre ambos pensadores que se proponía desarrollar surgía de un pedido directo de la dirección de la revista (un hecho que revela la favorable impresión que ella le reservaba).³² En otra ocasión, al inicio de la ya referida conferencia sobre la evolución del derecho según la doctrina spengleriana dictada en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba, señala que su presencia en esa casa de estudios se debía a una sugerencia de Raúl Orgaz, titular entonces de la cátedra de sociología de esa facultad y antiguo integrante del grupo cordobés promotor de la Reforma.³³ En suma, al constituirse en reconocida autoridad sobre Spengler, Quesada parecía profundizar el respeto y la admiración que, a diferencia de lo ocurrido con otras figuras provenientes de la vieja elite, podían profesarle algunos círculos de las generaciones más jóvenes.

Todavía más: en el surco abierto por la Reforma surgida en Córdoba en 1918, Quesada pudo observar cómo el arco de simpatías del que era objeto se extendía a algunos miembros significativos de las nuevas generaciones latinoamericanas. Por caso, en la segunda mitad de la década del '20 mantuvo correspondencia con Víctor Raúl Haya de la Torre y con José Carlos Mariátegui, esas dos figuras cumbre de la joven generación peruana que por entonces, en inagotable actividad intelectual y política, buscaban aclimatar el marxismo a las realidades del continente. Haya, que vivía exiliado en Berlín en el mismo momento en que se inauguraba el Instituto Iberoamericano de esa ciudad surgido a partir de la donación de la biblioteca de Quesada, dedicó a esta iniciativa encomiásticos artículos.³⁴ Mariátegui, por su parte, envió

30 Cfr. al respecto el penetrante artículo de Leandro Losada “La alta sociedad, el mundo de la cultura y la modernización en la Buenos Aires del cambio del siglo XIX al XX”, **Anuario de Estudios Americanos**, 63, 2, Sevilla, 2006. Cabe agregar que Quesada privilegió la adquisición de capital simbólico por sobre la otra modalidad “moderna” de consagración: la ofrecida por el mercado. La publicación de extensos volúmenes sobre temas que contaban naturalmente con un campo potencial de lectores muy acotado —piénsese por ejemplo en el libro de más de 800 páginas sobre **La legislación inmobiliaria tunecina** que edita en 1915—, así como el hecho de que muchos de sus textos fueran enviados por él mismo a una gran cantidad de correosales o repartidos por circuitos de distribución gratuitos, son facetas reveladoras de que a Quesada le importaba más la apreciación pública de sus calidades de sabio intelectual capaz de acometer sesudamente temas doctos, que la aprobación cuantitativa e indiferenciada que podía suponer una eventual venta de sus obras en el mercado. Por lo demás, quitando una porción de sus textos históricos, reimpresos décadas después por iniciativas vinculadas al revisionismo histórico, y algún otro volumen más, la gran mayoría de sus más de 150 libros no conoció nuevas ediciones.

31 Un suelto de la sección “Crónica”, en 1932, brinda testimonio de esa admiración: “Con motivo de cumplir el próximo 1 de junio 75 años de edad, el Dr. Ernesto Quesada, tan estrechamente vinculado a la vida universitaria alemana, será objeto de un gran homenaje organizado por los círculos académicos y universitarios del Reich (...) **Nosotros** ha de contribuir oportunamente a este homenaje a quien fue uno de sus más antiguos amigos y colaboradores, y maestro de varias generaciones”. Y a continuación se reproducía una carta de un argentino-alemán que salía al cruce de las críticas que había recibido Quesada por la donación final de su biblioteca al estado alemán detallando las condiciones inmejorables de cuidado y conservación de ese acervo que constituía ahora “un importantísimo centro de cultura argentina y latinoamericana”. Cfr. “La Biblioteca Quesada en Berlín. La Academia de Ciencias de Córdoba”, en **Nosotros**, año XXV, n° 283, 1932, p. 341.

32 E. Quesada, “Kant y Spengler”, **Valoraciones**, n° 4, agosto-septiembre de 1924, p. 14.

33 E. Quesada, **La evolución sociológica del derecho según la doctrina spengleriana**, *op. cit.*, p. 3.

34 “Latinoamericanista de veras, el doctor Quesada fue siempre admirador y amigo del ilustre José Ingenieros, considerado el verdadero maestro de la nueva generación de la América Latina. Esta relación personal y espiritual entre Ingenieros y el profesor Quesada, no sólo tiene el significado de afiliar al donante de la nueva biblioteca latinoamericana de Berlín entre los verdaderos representantes de la joven intelectualidad de nuestros pueblos, sino que da al presente, el prestigio de una efectiva contribución a los propósitos de acercamiento entre la América Latina y Europa”. Cfr., V. R. Haya de la Torre, “Una Gran Biblioteca Latinoamericana en

al ilustre profesor argentino un ejemplar de su primer libro, **La Escena Contemporánea**, hecho que motivó una elogiosa carta de respuesta de Quesada en la que saludaba el inquieto espíritu de ese hombre que desde el Perú se atrevía a reconstruir con trazo preciso las novedades que sacudían el ajetreado mundo de esos días, al tiempo que retribuía el gesto enviándole su flamante “Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo”.³⁵

Todo ello no debe conducir a equívocos: si Quesada podía mantener una mesurada simpatía respecto a las jóvenes generaciones del continente, lo que de veras le interesaba de ellas no era el curso político que pudieran darle a la Reforma, sino, nuevamente, los accesos a parcelas de saber que propiciaban y que entonces concitaban su atención. Así, el libro de Mariátegui le resulta atractivo por lo que producía de conocimiento nuevo sobre ése su mundo contemporáneo; y el interés adicional que tanto él como Haya de la Torre podían generarle provenía en parte de sus aproximaciones de los años ‘20 a los estudios arqueológicos y antropológicos sobre las sociedades indígenas americanas,³⁶ que podían encontrar resonancias en las diversas modulaciones sobre el “problema del indio” que aquellas dos figuras peruanas desarrollaban en esos años. En rigor, ya entre los mismos interlocutores contemporáneos de Quesada podían sobrevenir malentendidos en torno a las implicancias políticas que en apariencia podían derivarse de los nuevos intereses del distinguido profesor argentino. Así, cuando en 1932 el boliviano Humberto Vázquez-Machado le hace un extenso reportaje en Suiza (publicado luego en **Nosotros**), le pregunta insistentemente, en tres oportunidades, si su creencia en la próxima emergencia de un ciclo cultural americano de carácter indianista no se continuaba en el apoyo al programa aprista que, a su juicio, proponía entonces, de la mano de Haya de la Torre, la opción política y cultural de tinte americanista más relevante a nivel continental. Las respuestas de Quesada, que parece hacer un esfuerzo por no defraudar del todo el entusiasmo de su entrevistador, a través de

un largo rodeo sobre ese “problema sociológico” eluden brindar una respuesta contundente, pero de todos modos no dejan de mostrar distancia respecto del proyecto sobre el que se le pide opinión:

El problema indiano es hoy, por más que muchos se empeñen en no considerarlo así, una de las más prominentes preocupaciones latinoamericanas. He tratado otra vez —en mi discurso inaugural del XXIV Congreso Internacional de Americanistas en Hamburgo, en 1930 (Die Indianerfrage im Weltteil Amerika, B.A., 1931)—, de poner esta cuestión a la orden del día en Europa (...) Estimo rendidamente las condiciones intelectuales de Haya de la Torre, cuya amistad con Ingenieros fue entre nosotros vínculo común (...) No sé si por haber intimado aquel después más con Alfonso Goldschmidt, se inclinó sin embargo a las tendencias soviéticas más que a las del comunismo incásico precolombino, y no estoy bastante interiorizado en la última campaña política peruana para darme cuenta del carácter de su ordenación doctrinaria actual...³⁷

Vemos entonces, sobre el filo del final de la vida de este prominente hombre letrado, como en ese mundo convulsionado al que le toca asistir subsiste esa separación entre ciencia y política que, aun con los matices que hemos señalado en este artículo, rigió su entera biografía intelectual. Y es que llegados a este punto no resulta aventurado concluir que esa “cultura científica” de las décadas del cambio de siglo —tan convincentemente reconstruida por Oscar Terán— tuvo en la figura de Ernesto Quesada su más caracterizada cristalización.

Berlín”, en **Guía Anglo-Sudamericana. Revista mensual de propaganda entre las Repúblicas Americanas y sus Madres Patrias**, Vol. XI, n° 121, Londres, abril de 1930.

35 Escribía Quesada en esa epístola: “he leído [su libro] con verdadero fervor, por interesarme conocer como encaraba U. las múltiples cuestiones del escenario mundial en el presente cuarto de hora de la historia. Con sumo placer he visto que su información copiosa y de buena fuente, ha penetrado a lo hondo del problema del fascismo y de la manifestación cesarista de Mussolini; cuestión que, del punto de vista doctrinario, Spengler había predicho en su soberbia **Decadencia de Occidente** (...) Todo su libro, en una palabra, merece sincera felicitación y ha condensado, como en un foco, el movimiento caleidoscópico del presente”. Cfr. la carta de E. Quesada a J. C. Mariátegui, Buenos Aires, 2 de octubre de 1926, en **Mariátegui Total**, t. I, Lima, Amauta, 1994, pp. 1796-1797.

36 Ese interés de Quesada por las formaciones sociales indígenas del continente respondía a una causa mixta pero entrelazada: por un lado, a las propias investigaciones de carácter científico sobre esas culturas de su segunda esposa, la alemana Leonore Deiters; por otro, a que, como diría repetidas veces desde el comienzo de su recepción de Spengler, en 1921, el método de morfología comparada de las sociedades humanas del pasado desarrollado por el pensador alemán adolecía de una grave ausencia: precisamente la de la consideración del ciclo cultural precolombino americano. Al iluminar esa falla del por lo demás admirable sistema spengleriano, señalando la falta de un tema que gozaba de un público creciente entre las nuevas generaciones del continente, Quesada reforzaba su posición de autoridad intelectual indiscutida sobre el esquema histórico-social propuesto por Spengler.

37 Humberto Vázquez-Machado, “Ernesto Quesada: su vida y su pensamiento actual”, *op. cit.*, pp. 222-225.

Resumen

Este artículo presenta una hipótesis general sobre el itinerario intelectual de Ernesto Quesada según la cual el rasgo que gobierna su producción, y que permite encuadrar su interés por temas como el feminismo o el marxismo, es el de un acceso en clave científica y erudita a una inmensa gama de fenómenos sociales, políticos y culturales. Quesada busca construir así un perfil diferenciado respecto de otras figuras de la generación del '80 que le permitirá relegitimarse una vez que la elite dirigente de la república conservadora entre en crisis, y así gozar de buena reputación por parte de al menos una porción de la nueva generación intelectual emergente en la década de 1920.

Palabras clave

Capital cultural, Cultura científica, Generación del '80.

Abstract

This article presents a general hypothesis about the intellectual string that governs Ernesto Quesada's production, allowing us to classify his interest by subjects such as feminism and Marxism, and thus giving way —scientifically and farcically— to an immense range of social, political and cultural phenomena. Quesada seeks to build a differentiated profile about other figures of the 80s generation which will allow him to relegate once the governing elite of the conservative republic goes into crisis, which will, in turn, let him to enjoy a good reputation among at least a portion of the new, emerging intellectual generation of the 1920s.

Keywords

Cultural capital, Scientific culture, 80s generation.